



# ESTAMPAS QUE FUERON...

Por BIDAZTI

—Aquí no hay quien pare...!—opinó en alta voz Mateo Azpilicueta. Claro que tal aserto no cuadraba con su estática situación, de pie sobre una silla sacada de un bar; pero, como Arnaldo de Alcorcón, turista de «Madriz»—que también los había entonces—ratificó tal opinión, pese a encontrarse en idéntica facha; estaba claro que allí «no había quien parase».

Y la realidad era que todo lo que alcanzaban a ver desde lo alto de sus improvisados basamentos se agitaba, bullía, refluía... de un lado para otro. Gentes de ambos sexos y toda edad deambulaban en direcciones contrarias, empujando, haciendo quiebros, deslizándose de costado, riendo, imprecando, gritando, hablando y hasta llorando, bajo un techo de guirnaldas y farolillos de papel y con el beneplácito de todas las banderas del orbe oscilando a la suave brisa de una serena noche de junio. Los destellos de coloreada luz que emitían las luminarias llenaban de gamas de cuadro abstracto a la multitud a la par que mantenían en discreta penumbra las fachadas de las viejas casas—no muy pulcras a veces—por arriba del segundo piso.

La noche era cálida y, aun cuando farolillos y humo no dejaban traslucir nada, «allá arriba» brillaban las estrellas...

Era víspera de la Octava del Corpus y el gentío esperaba, fluctuando de aquí para allá, el empuje de las fiestas del barrio que se iniciaban con la «gran tamborrada» y la presentación de las bellas del año, como aperitivo a los bailables que, en tan estrecha calle, se convertían en «empujables», «pisotables», «arrimables», etc., etc., con la música como incitadora y cómplice de algo que Terpsícore, seguramente, no consideraría que estaba bajo su égida y que, de todos modos, rimaba con «amable».

Pronto el «tararí, tararí... ¡pom, porrobom, pom, pom, porrobom!» fue abriendo brecha entre el gentío, ayudado por algún que otro propicio «empellón» de los sudorosos municipales encargados de «empujar» a la gente fuera de la trayectoria del desfile.

Con los abiertos faldones de las azules levitas arrastrando y las doradas charreteras casi en el codo, morriones atados—sólida e incómodamente—al mentón, enormes tambores o escurridizos cubiletes de madera, golpeados tanto por las rodillas al andar como por los palillos, los «tambores de granaderos» avanzaron impertérritos en intrépida carga contra el gentiázo, reflejando en sus imberbes rostros el más marcial de los entusiasmos, remarcado dignamente por sendas filas de chisporroteantes antorchas que, más que luz,

emanaban negro humo y fuerte olor a brea quemada, per- fumando así, con un ingrediente más, el ambiente ya de por sí recargado con todos los olores típicos de una muche- dumbre en fiesta...

Detrás de los granaderos venía la carroza y, tras ella, «Los Incansables», cuyos trompetazos sacudían al aire haciendo estremecerse espasmódicamente las humaredas desprendidas por las teas. Pero... detengámonos un mo- mento en la «carroza»

Sí, señores, ¡LA CARROZA! Así la remarcó Azpilicueta y así lo decimos nosotros, con mayúscula para hacer honor a las bellidades que resaltaban su juventud y su palmito con fantasiosos trajes de brillantes telas, destacándose en medio de un bosque de ramas verdes más o menos artísticamente entrelazadas, de cuyos arcos colgaban pintorescos farolillos de papel.

Un cansado y pesado buey impulsaba el carruaje guiado por un boyero vestido de *makil-dantzari* y a quien su labor de hacer andar, parar y reanudar la marcha al paciente astado, entre la masa de la gente desbordada que quería «ver de cerca» a las muchachas, las antorchas, el trompeteo, los rataplanes, los zambombazos de los cohetes, las risas, los aplausos, los cantos y, en general, el formidable «ruido de fondo», hacía soltar tacos de tono lo bastante convincente como para evitar que el sufrido rumiante aguantase sus impulsos de salir corriendo llevando tras de sí carroza, bellidades y ramitos, y no parar hasta Gaztelucho...

Azpilicueta—pobre—opinaba que las chicas de «ahora» no eran tan guapas como las de antes.

—¡Qué tontería!—arguyó Arnaldo—. ¿No dicen, con Darwin a la cabeza y todo un equipo de científicos detrás, que «los animales nos vamos perfeccionando de generación en generación»? ¡Pues entonces...!

Pero Azpilicueta no estaba conforme:

—¿Llegó usted a conocer a la Maritxu...?

—¡No, señor! ¡Yo era muy niño todavía para fijarme en ella...!

—¡Claro! ¡Por eso se atreve a discutir...! Así que sus consideraciones no me merecen ninguna atención. Conque, ¡a callar, niño!

—¡Hombre! ¡Con estas razones..., ¿quién discute méritos a la tal Maritxu...?

Pero esto era «peccata minuta» en el «gran desfile». Además del «esclavo» vestido de *makil-dantzari*, auriga de la gloria de las bellas, había otro mucho más esclavo todavía, Aquél, una vez recorrido triunfalmente su camino entre guirnaldas y banderines, recuperaría su libertad y sosiego, mientras que Camacho—a él nos referimos—no descansaría hasta mucho más allá de las tres, las cuatro o quién sabe qué tantas de la madrugada. Y sólo era el preludeo...

—¿Ese es Camacho?—preguntó el madrileño...

—Sí, señor, ése. ¿Es que no le conocen en Madrid? ¡Así andan las cosas en España...?

—¡Hombre..., es que si...!

—¡Nada! Camacho, para que usted lo sepa, es el orga- nizador y director de «Los Incansables» ¡Y «Los Incansables» son eso...! Pero esto es lo de menos. Lo de más es que él es el organizador de las fiestas ¡Y las fiestas eran incan- sables! ¡Y «Los Incansables...»!

—Eso.

—Sí, eso. ¿Qué pasa?

«Porrom, pom, pom», los últimos porrazos a los sufridos parches señalaron el fin de la cabalgata de las bellas que comenzaron a descender de la carreta ¡Perdón, CARROZA! Sus trajes especiales relucían con el característico brillo de los satenes y sedas—entonces no se conocía el nylon y demás—y sus joyas compuestas por largas ristras de mo- nedas de cobre pulidas y cuentas de cristal destelleaban deslumbradoras dándoles aires de princesas orientales. Había pipos, lisonjas y algunas «verdulerías» que nada tenían que ver con las enramadas carroceriles, o acaso sí, por aquello de los «faunos».

Este momento un tanto bucólico del descenso de las Venus de su pedestal, se rompía inopinadamente como en una potente explosión—y tenía que ser muy potente para dominar todos los otros ruidos—al iniciar su acción, inde- pendiente del desfile anterior, «Los Incansables»

Como siempre, Camacho era quien daba la pauta. Aga- rrando con una mano a la «reina» y con la otra su saxofón plateado interpretaba el último charlestón de moda, coreado por sus satélites y jaleado por el público, llenando de sofoco a su dama que se las veía y deseaba para salvar los rasos de sus largas faldas de los pisotones de su pareja...—«¡Noches de cabaret!»—cantaba Magaña por el megáfono y luego se carcajeaba feliz—¡ja, ja, ja, ja...!—y en este repetido «ja» le acompañaban los chiquillos del barrio, ya muy alegres desde muchas horas antes.

Sin transición se pasaba inmediatamente al baile. En alegre pasacalles, la charanga se trasladaba al improvisado tablado y comenzaba el «jaleo».

Los «tambores de granaderos», pesarosos de que les hubiesen quitado tambores, morriones y levitas por aquello de que había que devolverlos los más incólumes posible, se olvidaban pronto del sinsabor y hacían sus pinitos de «conquista» en un rinconcito de la calle a donde llegaban suaves y dulces los arpegios del conjunto musical (hoy lo hubieran llamado así).

Se pedían «favores» a las chicas de la edad. Todos tenían sus parejas elegidas, parejas que ¡ay! no siempre coincidían con los gustos de ellas.

No obstante, a veces se conseguía bailar con la secreta reina de corazones que empezaban a sentir mordeduras de esos bichos que se llaman amor, celos y desengaños. Los pasodobles eran los preferidos ¡Eran tan fáciles! Y los com-



pases de la atrevida «Cirila» servían como fondo a osadas declaraciones amorosas:

—Si quieres ser mi novia, cuando sea mayor te compraré tazas y platos de oro...

—¡Bah! ¡Fulanito me ha dicho que me regalará sortijas y collares de diamantes...!

—¡Yo también lo haré y además añadiré pulseras y pendientes y...!

—¡Qué tontos sois! ¿De dónde vais a sacar todo eso? Mi padre gana mucho en la fábrica y nunca tuvo dinero como para regalar cosas de esas a mi madre...

—Pero... ¡Es que yo seré rico...!

Y ricos eran entonces, ricos en esa riqueza maravillosa y pura de las ilusiones infantiles, riqueza que no hacemos sino derrochar día tras día, semana tras semana, año tras año, hasta quedarnos pobrecitos como unos depauperados dolarcitos cualesquiera.

Los mayores también vivían sus sueños flirteando o «conquistando» con el baile como excusa y motivo. Todos bailaban y bailaban, hasta rendirse porque los músicos eran

«Los Incansables» que, cual secuaces del «flautista de Hamelin», hacían bailar a todos aun cuando estos todos estuviesen exhaustos como los pueblerinos del cuento.

Y así discurría la víspera. Luego vendrían tres o cuatro días más de fiestas en honor de algo tan abstracto como la Octava del Corpus...

Pero el tiempo pasa y con él muchas cosas. Ya no se celebran «Octavas» en mi calle. No hay hipotéticos Azpili-cuetas discutiendo méritos, ni turistas que quieren ver «festejos típicos». Ya en mi calle no hay nada que se parezca a aquello. ¡Ni siquiera queda «Zorrotz»...!

Esta apatía ¿a qué es debida? ¿Es que ya no hay jóvenes emprendedores con ganas de jaleo? ¿O es que, en los tiempos que corren, el baile ya no tiene las secuencias emocionales que entonces y ha pasado a ser, como el pollo, manjar de todos los días y no de los extras como era antes?

También puede ser que ya—¡oh materialista época!—nadie querrá perder el tiempo en organizar lo que no reporta otra satisfacción que la de hacer felices—aun cuando no sea más que por unas horas—a los demás...